

maestros que viene al mundo y predica doctrinas las más renovadoras y audaces y también las más lógicas y humanas, y dice que el hombre es su imagen, que el amor es el cetro imperial que debe inspirar todos los principios y ordenar todas las consecuencias, que el hombre no es el señor de su vida, que el mundo es uno para El, y la humanidad una también para el reino de los Cielos, que no entiende de razas ni de idiomas, de territorios ni de soberanías, puesto que todos los hombres son para El iguales, a todos los ama con el más encendido de sus amores, puesto que su religión es para todos los hombres, para todos los países, para todas las latitudes.

¡Qué bella doctrina! ¡Qué bellos principios y consecuencias se deducen de las máximas de nuestra religión!

Posteriormente en tiempos modernos y contemporáneos han salido hombres que de buena fe unos han prohijado y defendido tales enseñanzas, mientras que otros en bastardo intento han aceptado las mismas para edificar sobre ellas un sistema tan cabalístico de doctrina socialista, que han desfigurado su esencia y su virtud.

Hoy día, en todos los credos políticos se consagran principios análogos, todos inspirados en ideales democráticos elevan a la categoría de derechos del hombre lo que a veces absurdos son, todo hoy día es hablar de Constituciones y Leyes, en Tratados y Convenios, en programas de partido y conferencias, de libertad, de igualdad, ideales con cuyo derecho reconocido se cree encontrar el filón, la veta del aurífero mar de la felicidad del mundo, y vemos que éste no sigue el camino del bienestar, sino el de la desesperación de la miseria y del crimen.

Y es queridos lectores, que falta el elemento esencial en la vida colectiva, falta el sentimiento de la fraternidad bien entendida, falta el *amor* que debe inspirar todo acto humano, pues él es el crisol donde se funden las pasiones más encontradas, el que

sacude toda tiranía y opresión, el que destierra antipatías y malas voluntades, el que no reconoce al odio, el que considera a todos un hermano, un semejante, puesto que no distingue diferencias étnicas ni de historia, por serle iguales los españoles, franceses, ingleses, etc., etc., pues para todos siente igual caridad, interés, compasión, y altruismo.

Yo no comprendo esas grandes suscripciones mundiales para remediar miserias rusas, niños austriacos abandonados durante la guerra y otras muchas, cuando las mismas han sido ocasionadas por los titulares que organizan la colecta. ¿Es que hay motivo de compasión? No lo dudo. Pero hay principio de arrepentimiento, de horror al mal cometido, de propósito de jamás cometer locura semejante? Creo que sería de forma la afirmación, no de fondo.

La humanidad está falta de aquél principio de sentido común que es norma de toda vida organizada, y no lo tiene porque es en extremo egoísta, porque hoy día la célebre frase que inmortalizó con desdicha a un rey francés que decía: —El Estado soy yo—ha pasado de labios de rey a labios de pueblo, constituido en nación, y en los momentos de historia que corremos, todo individuo quiere ser el árbitro en las disensiones propias y ajenas.

Para la buena marcha de la humanidad, y de los pueblos organizados, es necesario que todos elevemos nuestro corazón sobre las mezquindades que sólo son espejismos de felicidades oscuras, es necesario que abandonemos caminos de violencias que algunas órdenes de ideas pueden producir, seamos todos hermanos, que todos los somos por ley divina, consideremos que el ideal del hombre es la general armonía y buena convivencia con sus semejantes, no busquemos formas caprichosas de diversidad entre los de acá y los de allá el Ebro, seamos modestos, y no hircamos la susceptibilidad del prójimo considerándonos como unas deidades y super-hombrías en los campos del talento